

Déjame ser yo...

Ya me lo advirtió mi amiga Emma Bovary al decirme que ojito con el autor, con el demiurgo que nos hace hablar sin quererlo nosotras, nos acomodan acciones y hechos que poco o nada dicen de nuestro auténtico ser, de nuestro sentir y de nuestra auténtica esencia.

Gustave Flaubert y Leopoldo Alas, Clarín nos convirtieron en auténticos guiñapos femeninos, nos cortaron un traje según a medida de su época, la de ellos, claro, sin tener en cuenta que nos venían estrechos de costuras.

Algo más joven que tú, querida Emma, voy a intentar rescatar para la posteridad, las luces que deseo brillen en tu honor y en el mío, mientras Gustave y Leopoldo siguen bebiendo las mieles de la memoria literaria.

Me acusan de temperamento místico, algo desvaído mi carácter sin ímpetu para romper mordaza y bailar al son que más deseo.

Vivo constreñida en esta Vetusta, anquilosada y raquílica ciudad que me observa desde esa torre catedralicia; su magistral, ataviado eclesiásticamente con máscara renegrida, domina almas, porque cuerpos solo desea el mío. Y a mí me provoca una repulsión que surge de mis entrañas, pero busco su compañía, su conversación balsámica de intelectual; terciopelo y acero, atracción y rechazo, bifaz perverso, sonrisa maléfica.

Siento que mi pasión se acalla en su presencia, mientras mi marido, regente de la capital observa paternalista y taciturno mis sobresaltos; me gustaría espantar esos recuerdos que me atormentan y solo atisbo sombras de un pasado que me persigue a todas horas; personas de mi infancia desdibujada, momentos de ensoñación tenebrosos: en mi soledad me ahogo; voy a espantar miedos pretéritos a flor de piel y romper la mordaza que me atenaza entre estos muros solariegos. Mi devocionario está maltrecho de tantas páginas y páginas sobadas en esas tardes espesas de calor brumoso: no hay santos que consuelen mi vehemencia ni ánimo vital para expresar las bridas personales que me siguen atosigando: quiero sentir, vivir, gozar: la pureza en una mujer y su castidad no aplacan deseos incontinentes ni suavizan la necesidad de un cuerpo hartado de soportar órdenes.

Hasta don Fermín, confesor veleidoso, anhela poseerme como un enser, una antigüedad que exhibir en el secreto catedralicio: su amor viscoso me recorre las entretelas con su palabrería santificada y hueca; él sospecha mi inclinación por don Álvaro al que yo

seguiría de buen grado, en un destino inexorable que acabaría conmigo; me da miedo el arrebatado de celos incontrolables que lanzaría contra mi conciencia de esposa adúltera.

Pero mis manos buscan el calor de quien me haga gritar hasta el éxtasis, más allá de arrepentimientos banales.

Me invade un frío aterrador, la mirada de ojos crispados se ciernen sobre mi voluntad: me paralizan, calculan mi destierro y me arrinconan en un torbellino de tormenta en medio del estío sofocante.

Mi imagen en el espejo de esta ciudad me recuerda quién soy. Me abrumba la tentación: soltar amarras y escapar. ¿Hacia dónde? ¿con quién? ¿Y después?

¡¡Emma!!, ven, ayúdame. No quiero seguir escuchando a mi autor, yo soy su criatura sin dirección, su gran obra, perdida en el marasmo sentimental que me aqueja sin cesar. No quiero sucumbir al grito que me estalla desde las entretelas: este vestido me aprieta. Me lo voy a arrancar y salir a la calle sin brazo en el que apoyar mi debilidad.

El escenario de mi teatro vital me llama, me invita a participar de mi esencia: agostada al lado de don Víctor, alianza marital como un lastre, dominada de rodillas en el confesionario de don Fermín, ese clérigo, infame ser.

Hombres vetustos, hombres egoístas sin alma y sin amor; me buscan y me abandonan.

Vicio y trampa, fidelidad y deseo, indiferencia y protección, ironía y desgracia, vanidad y apariencias: oro y oropel arrojando mi anatomía desgastada. Caricatura y mascarada de una vida sin sentido que pronto acabará con mi cuerpo inerme, mi voz exangüe.

Me ahogo, se acaba el hálito que me sostenía, desfallezco...

Ese beso viscoso y frío: Emma, espérame, volemos juntas hacia la eternidad